

HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS CHAQUEÑOS

por

FERNANDO MARQUEZ MIRANDA

I

LAS CONDICIONES DEL TERRENO

CON motivo de investigaciones geológicas realizadas por el profesor Augusto Tapia en la gobernación de Formosa, este estudioso halló, el 26 de enero de 1934, en las cercanías de la estación Las Lomitas, de Ferrocarriles del Estado, algunos restos de cerámica, que serán descriptos en esta comunicación, así como trozos de valvas de moluscos, de cuya significación arqueológica también hablaremos.

Para determinar con la mayor precisión deseable las condiciones del hallazgo, procederemos a hacer un examen lo más completo posible de la localidad en que fueron hallados, hasta tanto desde el punto de vista de su ubicación geográfica cuanto desde el más especial de su condición estratigráfica. Ambas determinaciones pueden, acaso, tener un valor diagnóstico para la consideración del problema etnoarqueológico que tales vestigios plantean.

La localidad de Las Lomitas queda situada entre la naciente de la corriente de agua más meridional de las dos que forman el río Salado (que va a perderse en los esteros vecinos a la laguna Lanagak) y el río Teuco. A corta distancia de la población pasa una de esas frecuentes manifestaciones endorreicas y divagantes, que tan a menudo se manifiestan

en la dispersa y poco estudiada hidrología del territorio nacional de Formosa. Su ubicación geográfica estricta, de acuerdo con las constancias de la respectiva plancha relevada por el Instituto Geográfico Militar¹, —cuya parte pertinente ha servido para que la excelente cartógrafa señorita María Teresa Grondona efectúe el plano que reproducimos en la fig. 1 de esta comunicación— es la de 60° 36' de longitud y 24° 43' 30" de latitud.

En la actualidad hay allí asiento de las fuerzas de la Gendarmería Nacional, y viven en las inmediaciones algunos contingentes indígenas. El territorio, en punto a vegetación, está cubierto de esa selva subtropical que suele ser típica en Formosa, y que no debe ser confundida con el paisaje del bosque chaqueño². En efecto, la fuerte acción de los vientos cálidos y húmedos provenientes del noreste, es decir, del Atlántico y de la región brasileña, ejercitando su influencia benéfica sobre la flora, determinan la existencia de una vegetación más abundante y apretada —excepto los claros, que existen más o menos frecuentemente, producidos habitualmente por la existencia de depresiones del terreno, donde se concentran las sales del lavado meteórico o las aguas de desbordes o de precipitaciones pluviales—, encontrándose esencias arbóreas numerosas en las zonas densas. Todo ello tiene, pues, una fisonomía fitogeográfica neta, bien distante del bosque puramente xerófilo, propiamente chaqueño. Dichos vientos del noreste se curvan luego en abanico, atravesando el litoral santafesino y descargando, rectamente desde el norte, su acción excitante sobre Buenos Aires.

En definitiva, la selva subtropical chaqueña, que se encuentra en Formosa, resulta, por lo tanto, una zona de transición entre la gran selva amazónica y el bosque xerófilo chaqueño. Cada uno de ellos viene a ser una entidad fitogeográfica diferente y netamente diferenciada.

Desde el punto de vista etnográfico, esta región es el límite occidental actual del área de dispersión de los matakos, que también se extienden desde allí hacia el norte. Estos grupos confinan con los pilagás.

(¹) INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR, *Carta de la República Argentina, Pilcomayo*, hoja nº 19; Buenos Aires, 1941.

(²) JOAQUÍN FRENGUELLI, *Rasgos principales de la fitogeografía argentina*, en *Revista del Museo de La Plata* (nueva serie), Secc. Botánica, III, 83; La Plata, 1941.

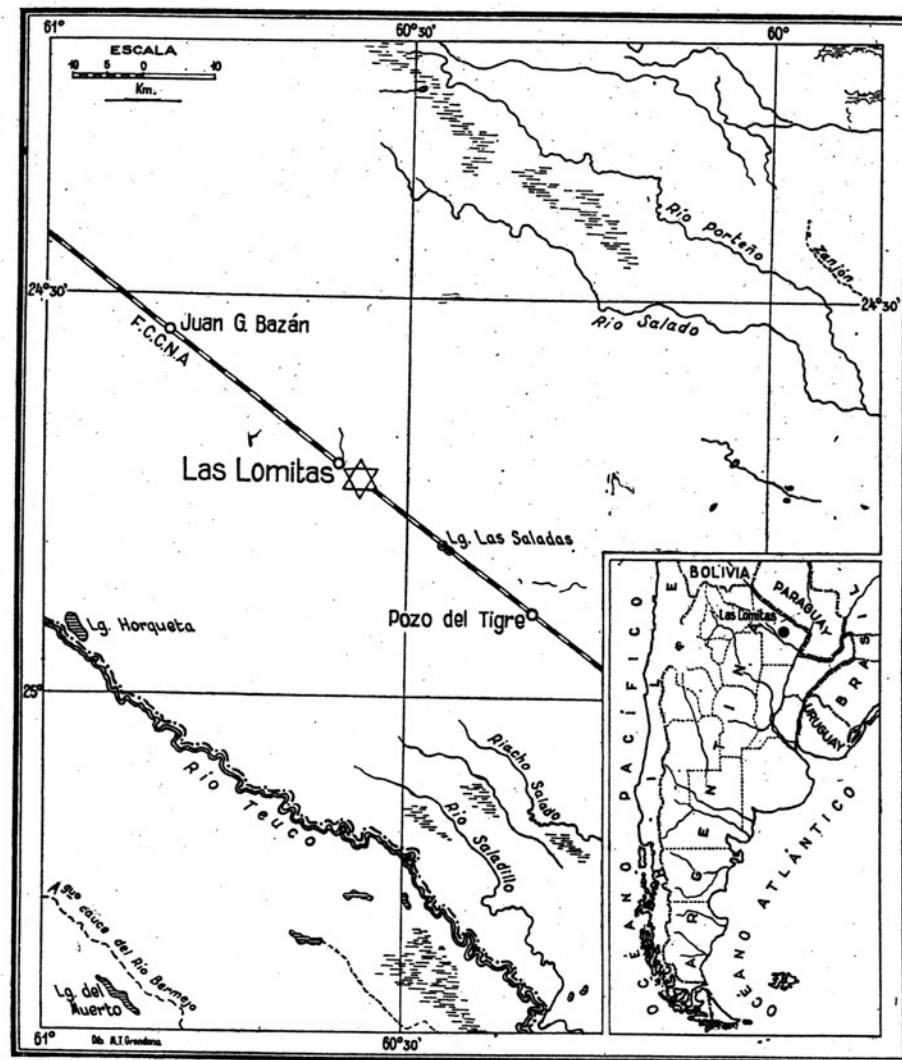


Fig. 1

El lugar recibe su nombre de la existencia de algunas suaves ondulaciones del terreno, a veces imposibles de distinguir para el profano, y que apenas son apercibidas por el ojo del especialista, pues —por lo común— no exceden de los cinco o seis metros de altura sobre el nivel natural del terreno circundante. Estas elevaciones son producidas por acumulaciones de arena, que forman dos cordoncitos de unos 5 kilómetros de longitud y unos 400 metros de ancho, con una treintena en su altura máxima. Esos cordoncitos corren por el NE. y por el SE.

De entre ellos interesa la elevación que forma una especie de terraplén a unos quinientos metros al este de la propia estación ferroviaria, por ser el lugar en el que se obtuvieron los restos de industria primitiva de los que más tarde nos ocuparemos. La vía férrea corta por la mitad tal yacimiento, a esa distancia. Y la que media entre la estación Las Lomitas y Formosa, capital de la gobernación, es la de unos 300 kilómetros.

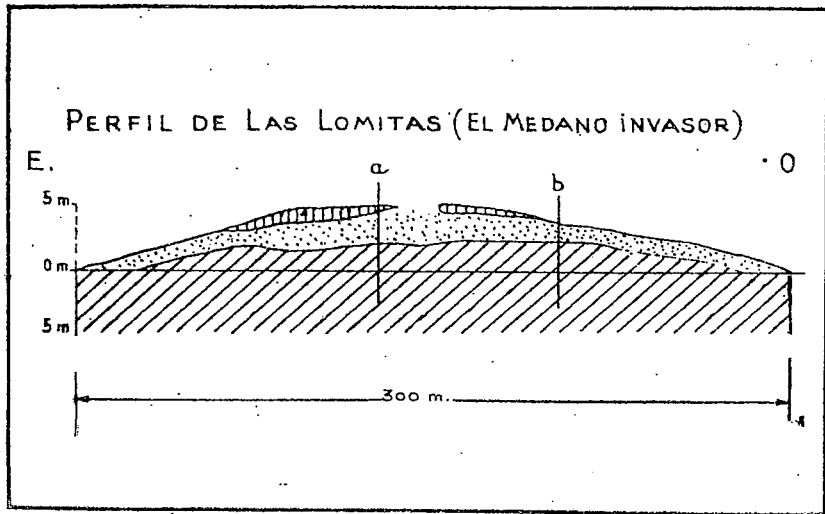


Fig. 2

Tanto dicho terraplén como el resto de las ondulaciones de que damos noticias son debidos a la existencia de uno de esos cordones de “médanos fósiles”, que —por lo general— no excede el espesor denunciado por su

altura, si bien en algún caso excepcional pozos ejecutados por personal de la Dirección de Minas y Geología del Ministerio de Agricultura de la Nación, que ha estudiado el lugar¹, ha podido señalar que llegan hasta un espesamiento de treinta metros.

El perfil de este médano, asentado a los quinientos metros de la estación, ha sido estudiado y diagramado por el geólogo de dicho servicio, señor Augusto Tapia, quien ha hallado (fig. 2) un techo compuesto por un sedimento arenoso pardo rojizo, con un espesor que oscila entre los cincuenta centímetros y el metro, y con una repartición asimétrica sobre la parte superior del médano, ya que se asienta en mayor proporción sobre la leve pendiente occidental. La figura muestra el aspecto del médano y la forma acusadamente simétrica del mismo, en su corte de este a oeste, a pesar de su asimetría en cuanto a los elementos integrantes de la estructura general. Las pendientes descienden insensiblemente, tanto al este como al oeste, hasta lograr contacto con la superficie plana del resto del terreno.

Por bajo de esa capa constituyendo el techo, sigue otro horizonte de arena gris rojiza y gris pardo claro, de grano mediano. Como puede notarse fácilmente en el corte representado en la misma figura, este horizonte logra su mayor espesor en la parte central del médano, adonde se presenta con una acumulación que va de uno a dos metros. Este primer horizonte se amolda, según el estudio del señor Tapia, a una vieja superficie que corta a dicha arena gris, la que en la parte del afloramiento y en la pendiente occidental del médano está cubriendo un resto de “suelo fósil” que, en su hora, constituyó, a su vez, la cubierta vegetal del horizonte segundo. Esta estratificación determina una discordancia entre el horizonte primero, por una parte, y la vieja cubierta vegetal y el horizonte segundo por otra.

Es en esa cubierta vegetal antigua, constituida hoy —según ese autor— por “un resto de suelo fósil” (el supuesto chernosiom), e intermedio entre capas arenosas (fig. 3), de un espesor de unos treinta centímetros, donde se han hallado los restos de alfarería y la valva de molusco a que

(¹) AUGUSTO TAPIA. *Pilcomayo, Contribución al conocimiento de las llanuras argentinas*, Boletín nº 40 de la Dirección de Minas y Geología del Ministerio de Agricultura de la Nación, 64; Buenos Aires, 1935.

luego hemos de referirnos. La profundidad de los hallazgos fué de cosa de un poco más de medio metro sobre la superficie actual del médano, es decir, a poca distancia de la superficie vieja del terreno.

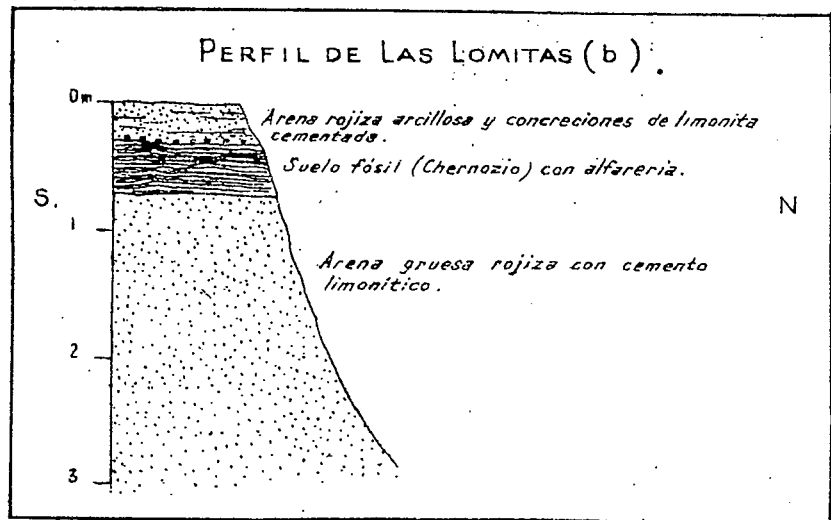


Fig. 3

En cuanto al segundo horizonte, está formado (fig. 4) por arena roja o rojiza con cemento limonítico, con un espesor, al descubierto, de un metro y medio, pero que en las inmediaciones del terraplén ferroviario de la línea que pasa por Lomitas, se prolonga hasta un espesor de más de tres metros, como lo prueba el hecho de haber sido excavado hasta una profundidad tal sin haber variado su aspecto (fig. 3).

De ahí, pues, que un corte revele perfectamente la estratificación de las diversas capas, de acuerdo con las siguientes manifestaciones cromáticas: a) pardo rojizo (arena del techo); b) gris rojizo o gris pardo (primer horizonte); c) negro (tierra vegetal, de superficie antigua); d) roja o rojiza (arena con cemento limonítico del segundo horizonte).

Es natural que dicha capa negra de "Chernozio" resulte sugestivamente importante, si es posible asignarle una alta antigüedad. Tal es la opi-

nión de aquel geólogo, para quien "este yacimiento arqueológico es contemporáneo a una fluctuación climática de edad postglacial y precursora a la que condiciona la actual naturaleza del Chaco"¹. Si así fuera, tales materiales arqueológicos tendrían un gran valor de antigüedad. El autor antes citado agrega a continuación, en la somera noticia que nos brinda en aquel trabajo, sobre el particular: "Los trozos de alfarería demuestran que han sido construídos utilizando arcilla plástica, y difieren en un todo con la técnica usada por los actuales Pilagas y Matacos de la región", que son los grupos etnográficos que, como se recordará, se dividen el actual territorio.

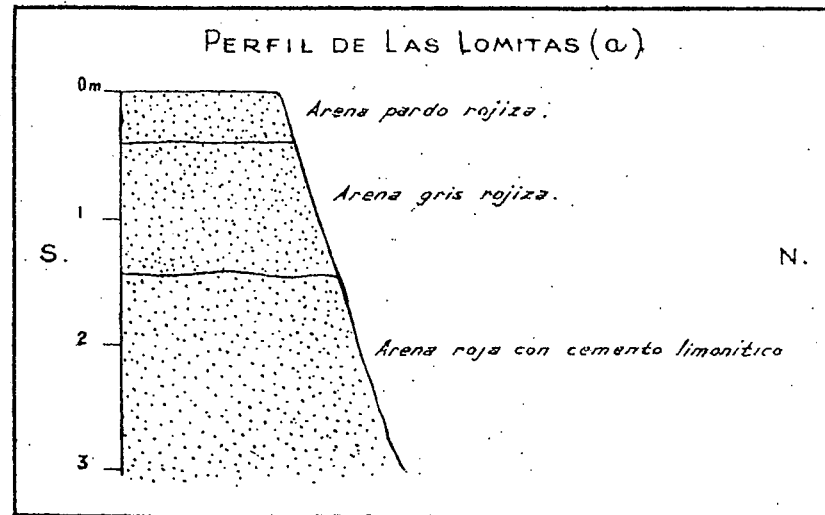


Fig. 4

Desgraciadamente, no nos es posible adherir a las conclusiones sacadas por nuestro buen amigo el profesor Tapia, ni admitir al pie de la letra su estudio del terreno. En primer lugar, el "chernozio", más correctamente "chernosiom" —término ruso incorporado a la nomenclatura

(1) TAPIA, Pilcomayo, etc., cit., 64.

edafológica— se refiere, en todos los casos, a un terreno de estepa bien caracterizado, propio de las planicies ucranianas. Es un suelo holopédico maduro, en tanto que el que nos ocupa es un suelo hidropédico, ya que todo el Chaco, de desagüe sumamente difícil, se transforma en un vasto marjal a cada estación lluviosa. El “chernosiom” es un suelo humoso y más o menos calcarífero, que ha madurado bajo un clima relativamente seco y con el concurso de una vegetación herbácea, cuyos restos, acumulados sin descomponerse completamente durante un largo lapso, han determinado su elevada carga de humus.

Otro es el problema en el Chaco, pues allí, bajo condiciones muy diferentes, podría hablarse más bien de suelos pantanosos, a menudo negros como “chernosiom”, pero en cuya maduración el agua ha intervenido de manera preponderante, cuando no se trata de verdaderos cienos, más o menos arenosos, acumulados en las depredaciones por el desborde de ríos y arroyos. Por lo que se refiere a su edad, es muy posible que estemos en presencia de un suelo arqueológico, esto es, del Aymarense de Doering, en cuyo espesor —diferentemente de lo que ocurre con el Arianense del mismo autor— los vestigios de la vida indígena no se mezclan con elementos de la industria y restos de los animales importados por el europeo.

Por ello, la expresión “médanos fósiles”, que Tapia emplea en su informe, parece un poco exagerada, en cuanto insinúa conceder —a lo que se infiere de su utilización— a dichos médanos, que son evidentemente formaciones eólicas recientes, desbastadas y cubiertas por suelo bajo la acción de factores actuales, un gran valor de antigüedad. De ahí que este rejuvenecimiento de los terrenos nos lleve, también, a considerar, bajo reservas, las conclusiones de vetustez de la arqueología; en cuanto derive de la situación estratigráfica del hallazgo.

Pero, antes de entrar a la dilucidación de ese punto, conviene precisar en qué consiste el propio hallazgo.

II

LOS RESTOS ENCONTRADOS

La fotografía que Tapia exhibe en su ya citado Informe, y que tomó en el lugar de las excavaciones, ayuda a terminar de reconocer el

ambiente natural, y muestra uno de los cortes resultantes del segmentamiento del albardón y la profundización de la trinchera. Allí resulta clara —para Tapia— la visión del “Chernoziom” cerca de la línea de base en la parte inferior, a la altura de los muslos de la persona fotografiada.

Por supuesto, no ha de olvidarse, tampoco, el valor que suelen tener para los primitivos, obligados por razones de habitación en zonas de crecientes súbitas de las aguas, o de grandes precipitaciones pluviales, o simplemente anegadizas, la existencia de estas elevaciones naturales del terreno, por leves que puedan parecer a la contemplación del observador moderno. Sin ir más lejos, los túmulos del delta del Paraná, estudiados por Torres¹ y por Lothrop² dan una excelente y a veces típica idea de ello. Otro tanto ocurre en todos los demás túmulos estudiados dentro de la cuenca paranaense³. Y no son menos importantes —por tratarse de regiones mucho más vecinas que el lejano delta paranaense y por ser no túmulos, parcialmente, al menos, elaborados por el hombre, sino, como en el caso de Las Lomitas, elevaciones naturalmente producidas por acumulación debida a fuerzas naturales—, las ondulaciones del terreno existentes a la margen izquierda del río Dulce, y que dieron pie a la curiosa explicación de los hermanos Wagner referente a la existencia de los “canales”, del “gobierno teocrático” y de las demás manifestaciones del hipotético “Imperio de las Llanuras”⁴. Después de las aclaraciones verificadas por Frenguelli, previo estudio del terreno⁵, la mayor parte de los

(1) LUIS MARÍA TORRES, *Los primitivos habitantes del delta del Paraná*, en *Biblioteca Centenaria*, de la Universidad Nacional de La Plata, IV, 23-27; Buenos Aires, 1911.

(2) SAMUEL KIRKLAND LOTHROP, *Indians of the Paraná Delta, Argentina*, en *Annals of the New York Academy of Sciences*, XXXIII, 123-126; New York, 1932.

(3) JOAQUÍN FRENGUELLI (en colaboración con Francisco de Aparicio), *Los paraderos de la margen derecha del río Malabrigo*, en *Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación*, I; Paraná, 1923.

(4) EMILIO R. WAGNER Y DUNCAN L. WAGNER, *La civilización chaco-santiagueña*, 14-15 y 53-54; Buenos Aires, 1932. — EMILIO R. WAGNER Y DUNCAN L. WAGNER, *Las llanuras de Santiago del Estero*, en *Historia de la Nación Argentina*, editada por la Academia Nacional de la Historia, I, 363-374; Buenos Aires, 1936. — Emilio Wagner, el único hermano sobreviviente, ha adoptado una actitud ligeramente más prudente en su última contribución: EMILIO WAGNER, *Notas arqueológicas sobre la provincia de Santiago del Estero*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, II, 228; Buenos Aires, 1940.

(5) JOAQUÍN FRENGUELLI, *El ambiente geográfico*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, II, 20-28; Buenos Aires, 1940.

autores, entre ellos yo mismo¹, hemos advertido que tales aclaraciones tenían un valor fundamental para la destrucción de aquella tesis, fabulosa y pomposa, como convenía a una creación wagneriana...

Por todo ello, es importante señalar, una vez más, que no se trata de hallazgos arqueológicos verificados en las adyacencias de montículos más o menos altos. En efecto, el estudio geológico precedente muestra que no es éste el caso. Los hallazgos corresponden a una capa superficial de antigua contextura llana, y la elevación actual, moderna, no tendría, en todo caso, más que un valor de determinación de antigüedad. Los fabricantes de los restos que en seguida estudiaremos no habitaron sobre el terraplén arenoso, por la excelente razón de que esa elevación no existía cuando ellos se asentaron en el lugar y fabricaron sus toscas vasijas.

Desgraciadamente, los restos encontrados no comprenden ninguna pieza entera. Ni siquiera restos que permitan completar una, ni aun con la ayuda de la aplicación de un *critérium formae* inspirado legítimamente por trozos existentes, lo cual facilitaría la comparación con el material etnográfico conocido, de fabricación reciente.

En tal situación, no queda más que contentarse con el examen de la veintena de pequeños fragmentos dispares que se han encontrado, y cuyas dimensiones oscilan desde el diminuto trozo irregular del tamaño de una uña hasta el pedazo mayor, trapezoidal, que mide 68 x 29 mm. en su largo y ancho máximo (verlo en la lámina Ia). Sin embargo, y pese a tales características de exigüidad —y a la circunstancia, coincidente y agravante, de estar todos ellos muy gastados y rodados, sobre todo en sus caras decoradas—, hemos podido llegar a algunas conclusiones, que exteriorizamos a continuación:

a) El color de la pasta difiere en casi todos los fragmentos, lo que permite inferir que en casi la totalidad de los casos correspondieron a vasos diferentes: va desde el sepia claro —que es el tono más subido—, que hallamos en un solo fragmento (aquel que también se singulariza por ostentar solamente decoración unguicular, según luego veremos), hasta el marrón claro, pasando por la gama intermedia de tintes grisáceos o

(¹) FERNANDO MÁRQUEZ-MIRANDA, *Exégesis, en Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, II, 204; Buenos Aires, 1940.

rosados. Todos estos colores se refieren a la cara externa, pues se alteran ligeramente en las caras internas de los fragmentos.

El geólogo Tapia ha recogido todos estos materiales con sumo cuidado, en forma que revela su conocida capacidad de hombre de ciencia, de suerte que esta favorable circunstancia compensa un poco lo pobre en número y calidad del material que estudiamos. Así, por ejemplo, ha procedido a recoger una muestra del terreno, que tenía el doble valor, que en seguida se verá, para un examen estratigráfico y arqueológico. Desde el punto de vista del geólogo, se trata de una muestra de arena limonosa y arcillosa, con una valva de *Bulimulus* incrustada (lámina IVa) y otros restos zoológicos —especialmente de ictiofauna— en su masa. Para el arqueólogo, a su vez, la muestra es sumamente interesante, por tratarse de una sustancia plástica, acaso de plasticidad excesiva, como lo probó su tratamiento en el gabinete; adicionándole un poco de agua reveló casi de inmediato esa calidad una vez que fué amasada, previa desmenuzación: al ir desliéndose parcialmente la masa gracias al agua, iba tomando en seguida esa elasticidad y adherencia características de estas tierras plásticas. No hay duda de que tal es la materia prima que aquellos indígenas utilizaron, y a la que tuvieron, por lo tanto, completamente al alcance de la mano, en el subsuelo más inmediato de su lugar de habitación. Su color, tan similar a muchas de las muestras halladas, es un elemento más, corroborante, para lograr dicha conclusión.

b) La arcilla fué mezclada con antiplástico antes del modelado. El más notoriamente usado fué la mica, como se nota a simple vista y se evidencia con un examen macroscópico. Su empleo no fué realizado en todos los fragmentos en proporción uniforme con la cantidad de arcilla empleada. Por el contrario, existen diferencias notorias: mientras que algunos fragmentos relucen por doquier, por la gran cantidad de mica pulverizada mezclada con la pasta, en otros apenas se le nota. Sin embargo, no falta totalmente en ninguno.

De la misma manera, son claramente observables, en algunos fragmentos, pequeñas porciones aflorantes de una materia de coloración algo más blanquecina, que miradas a simple vista parecían arena gruesa. Observadas con la lupa, parecieron incrustaciones de carbonato de calcio. Para corroborar esta determinación procedimos a tocarlas con ácido clorhídrico,

mediante una varilla de vidrio. La reacción efervescente que se produjo nos dió la respuesta afirmativa que buscábamos. Estas incrustaciones de carbonato de calcio afectan superficies irregulares, pero muy pequeñas y aisladas, en la masa de cerámica (láminas II c y II a y b). Mas, de todas maneras, han servido, también, de antiplástico al trabajarse aquélla, así como, en algunas oportunidades, se ha empleado sílex pulverizado.

Debe señalarse, igualmente, para ese fin, el polvo de antiguas vasijas o fragmentos de vasijas machacadas, y asimismo algunos pedacitos sumamente chicos, casi imperceptibles, de vértebras de pececillos regionales. Es posible que este último elemento, que ha sido observado apenas ocasionalmente, no haya sido mezclado de una manera consciente, sino que se encontrase ya en el limo arenoso con mezcla de elementos pelíticos que —al menos en parte— se usó para hacer la cerámica cuyos fragmentos hoy examinamos. En efecto, ello está en concordancia perfecta con lo que sabemos acerca del bloque de arena con *Bulimulus* de que antes hablamos (véase lámina IV a, en que se lo reproduce).

c) La confección de los vasos se realizó por superposición de la arcilla, previamente amasada por la alfarera en forma de rodetes. Hay un fragmento, el único de color rosado en su cara externa, que muestra bastante claramente la unión de dos de esos rodetes superpuestos. La ceramista no alisó debidamente la cara interna, en donde una marca señala todavía dicha unión. Aun es más clara la huella de tal junción de los rodetes en otro fragmento que lo muestra en su cara externa. Ambos casos, y el último con más notoriedad, por tratarse de la cara visible una vez terminada la pieza, acentúan la sensación de encontrarnos en presencia de una alfarería tosca, que fluye ya de otras características del conjunto.

d) La cocción del material también difiere. En muchos casos la pasta se ha cocido uniformemente, como lo prueba su color homogéneo en todo su espesor. En cambio, en algunos otros hay un ennegrecimiento notable de la parte interna de las paredes del vaso, que contrasta con el color muchísimo más claro de la zona interna y externa.

e) Hay, en la serie, una crecida proporción de bordes: de la veintena de trozos recogidos, siete son bordes, que afectan formas diferentes. En la fig. 5 hemos agrupado sus cortes esquemáticos, para que el lector tenga una impresión gráfica y directa de las formas que afectan. Como se

observará, los hay con adelgazamiento de la pared terminal del vaso, así como —a la inversa— los hay que forman el borde por un rodete terminal más grueso y sobreelevado sobre la línea del cuello. De la misma manera,

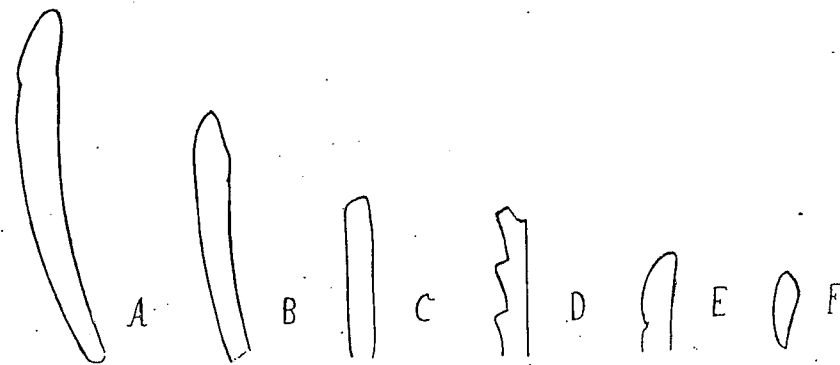


Fig. 5

en ocasiones el vértice se produce por afinamiento de la pared de la pieza hacia su línea media, en tanto que en otras hay una oblicuidad interna o externa que forma bisel.

f) Hay algunos fragmentos sin ninguna clase de decoración, aunque de paredes externas bien pulidas; entre ellos el borde de mayor tamaño de la colección (fig. 5 a), que sólo presenta el realzamiento del último rodete, que forma reborde, como muy somera ornamentación (ver, también, lámina Ia). Otro tanto ocurre con el fragmento, mucho más pequeño, de otro borde que también publico (fig 5e).

g) La decoración se manifiesta, en todos los casos, únicamente en la cara externa de los fragmentos. La parte interna está aislada —más o menos prolijamente—, pero no presenta ninguna manifestación decorativa. Alguna raya muy tenue que la lupa sorprende es prueba de alisamiento imperfecto, no de tentativa de ornamentación.

h) La decoración es siempre incisa, o por presión. No hay manifestaciones de pintura.

i) Las incisiones han sido realizadas sobre la arcilla blanda, antes de la cocción de las piezas. En ningún caso hay huellas de decoración posterior.

j) El instrumental para la decoración incisa ha sido somero, pero vario. Han sido utilizados diversos palillos, de punta cuadrada o redonda, según los casos, empleándose los a modo de buril. Los trazos, en los mejores especímenes, denotan seguridad, aunque —en ocasiones— la alfarera ha debido retocarlos o rectificarlos, como lo muestra indudablemente la lupa. Sin embargo, y por regla general, hay una capacidad grande en el manejo de dicho instrumental, capacidad manual tanto más resaltante cuanto más precarios los utensilios —totalmente primarios— empleados.

k) En uno de los casos, el de un borde reproducido en la figura 5 d, se nota el empleo de un buril de punta grande y redondeada, el cual ha sido empleado con una inclinación oblicua, para producir los efectos de sobrelevamiento de la pasta en porciones escalonadas. Luego de haber trabajado esas depresiones oblicuas —acaso ayudándose en ocasiones con el dorso y la extremidad de la uña, produciendo dichas depresiones de efecto escalonado en una serie de bandas horizontales y paralelas entre sí, alejándose del punto de partida determinado por el borde del cuello—, todavía faltaba trazar, con la ayuda de un palillo de punta ligeramente redondeada y de cosa de un milímetro de espesor, líneas verticales que delimitaran netamente los efectos decorativos alcanzados (ver lámina II a).

l) En otro caso, el empleo de un buril de punta redonda y de grosor mediano, producía líneas paralelas y horizontales, las cuales resultaban toda la decoración de la superficie del pequeño fragmento.

m) En otro, todavía, el empleo de líneas horizontales, que dividen la superficie del fragmento en una serie de bandas paralelas, para luego producir la segmentación irregular de esas bandas, por medio de trazos verticales más leves que, a veces, se mantienen en una misma línea sobre el campo de varias bandas. La concentración de esos leves trazos en algunos sectores de un fragmento, determina una impresión primera, y aparente, de tratarse de vasos hechos dentro de un canasto tejido (o de realizarse de impresiones de canastería, realizadas por contacto o presión sobre la arcilla fresca). Tales impresiones primeras se desvanecen al examinarse los fragmentos con la lupa y al aparecer, entonces, clara, la técnica que se explica más arriba.

n) Hay otros casos en que la técnica anterior se repite más burda y desordenadamente, y que en vez de los trazos verticales —que también

aparecen de tanto en tanto— se manifiestan unas veces trazos oblicuos y otras dobles, sin la firmeza de pulso de los mejores; en tales oportunidades no se ofrece visualmente el aspecto de cuadrulado de los fragmentos anteriormente citados, sino el de un conjunto de trazos irregulares.

o) Tanto en el caso de los fragmentos decorados con la técnica descrita en el punto m, como en el de los realizados con la referida en el punto n, los trazos horizontales y verticales, al producir el surco sobre la arcilla fresca, determinan un elevamiento de la superficie cuadrada o irregular encerrada entre dichos trazos, lo que da a la superficie de las piezas un aspecto rugoso y almohadillado característico, sobre todo en el examen macroscópico (láminas II c y III c).

p) De tanto en tanto —y ello se nota de una manera especial y casi como único elemento decorativo en uno de los trozos de borde antes citado (fig. 5 b)— aparece la ornamentación a base de incisiones ungueales. Ello no debe extrañarnos, en cuanto a su hallazgo ocasional, por ser casi instintivo en el que trabaja con instrumentos manuales tan rudimentarios como los aquí empleados, el reemplazo del utensilio por la mano o la uña. Más sintomático es su empleo reiterado y único en el pequeño borde recordado, pero sus exiguas dimensiones impiden por completo saber si se le empleaba solo —acompañándolo únicamente con trazos verticales— o qué otros elementos decorativos le acompañaban, además, en el vaso entero.

q) También los fragmentos evidencian, alguna vez, el empleo de decoración hecha a base de presiones con las yemas de los dedos. En algún caso la presión se emplea para realzar el efecto buscado por la intervención de algún somero instrumento; pero hay mejores demostraciones de su eficacia ornamental: su empleo exento de otras intervenciones y teniendo, por tanto, a, su cuidado, la obtención de todo el efecto.

r) Algún fragmento también aparece con el cuadrulado y los rombos, según los trozos, que parecerían corresponder a impresiones de red. Desgraciadamente se trata siempre de superficies muy rodadas, sobre las cuales es inútil tratar de hallar con la lupa la huella de los nudos en las intersecciones de las líneas. He intentado la impresión en arcilla, siguiendo

la técnica de algunos colegas en casos semejantes¹, pero la impresión de la forma positiva así obtenida no logra dar solución al problema, en virtud del gran desgaste y destrucción de la superficie externa. Si estas huellas son, efectivamente, de red, ella se puso, según los casos, con mayor o menor estiramiento, lo que determinó las variaciones que se notan en su impronta sobre la pasta cerámica.

s) En un pequeño fragmento, también sumamente rodado, parecen observarse impresiones de cordelería. El carácter único del testimonio y el excesivo desgaste de la parte externa, sobre la cual aparece la decoración, hace difícil establecer si ello es exacto o si se trata de una mera apariencia. Por ello, tanto la decoración por medio de redes, anotada en el punto r, como ésta, han sido citadas por nosotros en una obra de síntesis anterior², en forma puramente presuntiva.

t) El espesor de los fragmentos es igualmente variable: va desde 4 a 8 milímetros, sin contar, naturalmente, las aristas de los bordes biselados ni los bordes comunes donde, en general, las paredes se afinan.

Naturalmente, todas estas observaciones y conclusiones no son más que el resultado de la observación de un material sumamente deficiente, por estado y cantidad. La presencia del profesor Tapia en el terreno fué rápida y limitada a un objetivo concreto que no era, precisamente, la búsqueda de material arqueológico; por el contrario, éste apareció a consecuencia de investigaciones destinadas a estudiar las condiciones estratigráficas con un propósito que no iba más allá del conocimiento del terreno mismo. La recolección de los materiales fué verificada como función colateral, interesante pero no fundamental. De ahí que los fragmentos recogidos no constituyan, a nuestro entender, todo lo que allí podría obtenerse con una búsqueda paciente y de mayor duración. El colector trató de recoger, con preferencia —según puede inferirse de la gran supremacía de los fragmentos decorados sobre los lisos, y de los bordes sobre las partes sin ellos—, aquellos trozos de alfarería que podían dar noticia directa con

(¹) JOAQUÍN FRENGUELLI y FRANCISCO DE APARICIO, *Excursión a la laguna de Mar Chiquita (Provincia de Córdoba)*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico*, de la Facultad de Filosofía y Letras, Serie A, II, 134; Buenos Aires, 1932.

(²) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, en *Historia de América*, II, 342; Buenos Aires, 1940.

respecto a algunas particularidades de su fabricación o de su técnica. Pero tanto este carácter especial de su recolección, como el número demasiado exiguo de tales testimonios —agregado a su estado actual de desgaste de sus superficies estudiadas— hace que las conclusiones a que se puede llegar, y que han sido sintetizadas más arriba, no deban ser consideradas más que como observaciones provisionales, que estudios ulteriores permitirán ratificar o rectificar.

El profesor Tapia nos dice también en su informe que ha hallado “algunos restos humanos, valvas de Anodonta y huesos quemados”¹. No tenemos duda de que los hallazgos antropológicos, tan someramente señalados en las palabras precedentes, han debido encontrarse en estado totalmente fragmentario, y su gran friabilidad ha debido determinar su inmediato abandono, pues no hemos encontrado ni un pequeño trozo de los mismos en los dos paquetes, cuidadosamente acondicionados, en que el estudioso mencionado nos entregó los fragmentos de cerámica que hemos estudiado, los fragmentos de valvas de moluscos y el gran trozo de arena con *Bulimulus* y vértebras de peces incrustados, de que antes hablamos (ver lámina IV a). Esta inferencia se robustece teniendo en cuenta la calidad del subsuelo de Formosa, la humedad del mismo y la acción decalcificante de las aguas meteóricas filtradas que han debido de ejercitar una acción sumamente perjudicial sobre la conservación de los restos antropológicos.

Es lógico suponer, entonces, que los huesos humanos aparecieron ya en estado pulverulento o poco menos, y que tan avanzado estado de destrucción hiciera innecesaria su recolección, al menos para el que no es antropólogo profesional, máxime si no se contaba, como es de prever, con los elementos necesarios para consolidar y endurecer *in situ* aquellos restos.

Otro tanto es posible que haya ocurrido con los “huesos quemados”, que por la forma de construcción de la frase permite suponer se trate de huesos zoológicos, es decir, de restos de comida de los habitantes primitivos.

En cuanto a lo que Tapia denomina “valvas de Anodonta”, hemos recibido algunos fragmentos (ver lámina IVb) que este estudioso recogió

(¹) TAPIA, *Pilcomayo*, etc., cit., 64.

en el terreno, y que debieron ser quizá empleados ya como adornos¹, ya para alisar las paredes de los vasos², ya —por último— como implementos para la comida³. Y tales formas de empleo se han perpetuado en los usos y costumbres de los primitivos actuales del Chaco.

Por lo que se refiere a la clasificación malacológica, los fragmentos corresponden, evidentemente, al género *Anodontides*, pues el género *Anodonta* no existe en América del Sur⁴. Se trata de un error en que hemos incurrido casi todos, atraídos por las determinaciones de los viejos autores, quienes clasificaron como *Anodonta* especies que hoy más exactamente se distribuyen entre los géneros *Anodontides*, *Mycetopoda*, etc.⁵.

(¹) Basta, al efecto, ver los adornos que, con trozos de conchillas cuadrilongos o redondeados, hacían las diferentes tribus chaqueñas: ERLAND NORDENSKIÖLD, *Etudes d'ethnographie comparée. I, Analyse Ethno-géographique de la Culture matérielle de deux tribus Indiennes du Gran Chaco*, 133-138; París, 1929.

(²) ERLAND NORDENSKIÖLD, *La vie des indiens dans le Chaco. (Amérique du Sud)*, en *Revue de Géographie*, VI, fasc. III, 106; París 1912.

(³) NORDENSKIÖLD, *La vie des indiens dans le Chaco*, cit., 54; NORDENSKIÖLD, *Analyse Ethno-géographique de la Culture matérielle*, etc., cit., 96.

(⁴) A. E. ORTMANN, *The use of the generic name "Unio", "Margaritana", "Lymnium" and "Elliptio", and of "Anodonta" and "Anodontides"*, en *Nautilus*, XXV, n^o 8, 88-91; 1911. Recientemente un conocido autor norteamericano ha retomado el tema: WILLIAM B. MARSHALL, *Anodontites: a genus of South and Central American and Mexican pearly fresh-water mussels*, en *Proceedings of the United States National Museum*, LXXIX, art. 23, 1-16; Washington, 1931. Precisamente éste, al comienzo de su comunicación, reconoce que: "Many authors, in dealing with them, have made serious errors". Para mayor claridad, conviene recordar la diferente distribución geográfica de ambos géneros: I. *Anodonta* Lenk.: muchas especies en Norte y Centro América, en Asia y en Europa; II. *Anodontides* Brug.: muchas especies en América del Sur al este de la Cordillera y en Centro América hasta Méjico; J. THIELE, *Handbuch der systematischen Weichtierkunde*, III, 832 y 841; Berlín, 1934.

(⁵) En realidad, el error viene, al menos, desde los comienzos del siglo, en la bibliografía etnográfica. El doctor Domenico del Campana, empleando y resumiendo los manuscritos del sacerdote Fray Doroteo Gianechini, misionero que frecuentó a los chiriguanos en trance de evangelización, y que estudió su vida, establece el empleo de cuatro elementos para la tarea final de la modelación, o sea el alisamiento de la arcilla. Ellos son: las valvas de *Anodonta*, algún guijarro o fragmento de piedra, un málo de maíz, o un trozo de caña (DOMENICO DEL CAMPANA, *Notizie intorno ai Ciriguani*, en *Archivio per l'Antropologia e l'Etnologia*, XXXII, 54; Firenze, 1902). La noticia echa a andar, y corre con fortuna por las páginas de uno y otro autor. Y hasta nuestro censor máximo, Outes, la acoge sin comentarios: FÉLIX F. OUTES, *La cerámica chiriguana*, en *Revista del Museo de La Plata*, XVI (2^a serie, t. III), 122; Buenos Aires 1909.

III

ALGUNAS CONFRONTACIONES CON LA CERAMICA ACTUAL

Se habrá, sin duda, reparado en que, en todos los casos, hemos atribuido al sexo femenino la realización de los trabajos de cerámica que comentamos. En efecto, esta atribución, aun en presencia de tan parvos y distantes vestigios, está perfectamente en consonancia con lo que sabemos de la cerámica chaqueña¹. Las condiciones de la división del trabajo social se cumplen en la selva como en el mundo que llamamos (un poco impropia y vanagloriosamente) civilizado. Ellas estatuyen a la alfarería como función específicamente femenina.

Sin embargo, es poco lo que sabemos acerca de la cerámica de los actuales primitivos chaqueños, al extremo de que el paupérrimo material que describimos en el presente trabajo ha de ser de lo primero conocido. Todo el resto de la cerámica de que se habla corrientemente en los textos es material etnográfico, no arqueológico. De allí el interés que estos parvos vestigios presentan.

No deja de ser curiosa cierta confrontación entre ellos, pese a sus distancias cronológicas. En efecto, en la cerámica chaqueña actual encontramos el empleo de algunos procedimientos técnicos que hemos anotado en la arqueológica: las impresiones de yemas de dedos y de uñas, como elemento decorativo, las de redes y cordelería. Y hasta, en la construcción del vaso, previa a su decoración, el mismo empleo de los sucesivos rodetes de arcilla, tal como está en uso entre los pilagá actuales, que moran muy cerca del yacimiento estudiado², o entre los chorotis.

Outes nos ha dejado una descripción de una alfarera chiriguana trabajando un vaso, y alisándolo con los dedos y el dorso de las uñas³, que corroboraría lo que antes dijimos respecto de ciertas huellas incidentales

(¹) La fabricación de la cerámica, como gran parte de lo que exige paciencia y habilidad manual, y es industria de paz, es entregada en el Chaco a las mujeres. Sobre ello los testimonios superabundan. Por ejemplo: NORDENSKIÖLD, *La vie des indiens dans le Chaco*, cit., 82 y 105.

(²) E. PALAVECINO, *Los indios pilagá del río Pilcomayo*, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales*, XXXVII, 552; Buenos Aires, 1931-1933.

(³) OUTES, *La cerámica chiriguana*, cit., 122-123.

de uñas, no producidas siempre con un propósito ornamental deliberado, y a las que habría que atribuir a huellas del uso de las manos en el trabajo de modelamiento de la pieza. Otra cosa muy distinta serían, por cierto, los procedimientos decorativos por “intaglio” —como les llama también Outes¹. Dichos chiriguano, los chané y los matacos poseen este tipo de decoración para la alfarería². Entre los chané, se mezclan trozos pulverizados de cerámica antigua a la pasta que se amasa para hacer la nueva. Ellos ornamentan la alfarería grosera y de cocina con impresiones de dedos o de cordeles, y sólo pintan la más fina. Nordenskiöld vincula la ornamentación con marcas de dedos a los hallazgos descritos por Outes respecto de la cerámica de San Blas, por Torres en el litoral de Entre Ríos, y por Ameghino en la provincia de Buenos Aires.

Desde luego, basta el hallazgo de este tipo de decoración en los chiriguano y chanés para advertir que se trata de un elemento de procedencia amazónica, infiltrado en el Chaco con aquéllos. Quizá por ello Nordenskiöld encuentre que la cerámica chaqueña más típica no sea la de ninguno de esos grupos étnicos, sino la de los ashluhlai³, que —como los chorotis— no emplean nunca la decoración con marcas unguiculares.

En cuanto a los mataco, quizá resulte esta oportunidad propicia para salvar una errata tipográfica producida en una obra nuestra ya citada en esta comunicación, en donde al pie de unas ilustraciones de ciertos vasos chaqueños se nos hace decir, respecto de uno de ellos, ser “De los matacos viejos”⁴, cuando debió de haberse dicho “De los matacos vejos” (o vejos, si se prefiere). Naturalmente, el tipógrafo eligió la palabra “viejos”, del léxico común, en vez de la denominación etnográfica que le era totalmente desconocida, y el error continuó, por idéntica razón, hasta la impresión final de la obra, pues no hay peores ni más insalvables erratas que aquellas que tienen un sentido... Por ello es que, en la misma obra, pese a todos los cuidados del editor y del autor, se deslizó, al pie de otra figura⁵ un “Yuca Cueva” por “Inca Cueva”, que era la buena lec-

(¹) OUTES, *La cerámica chiriguana*, cit., 129.

(²) NORDENSKIÖLD, *Analyse Ethno-géographique de la Culture matérielle*, etc., cit., 221.

(³) NORDENSKIÖLD, *La vie des indiens dans le Chaco*, cit., 106.

(⁴) MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, cit., 342.

(⁵) MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, cit., 213.

ción... El hecho de ser ambas leyendas epígrafes, que sólo se insertan en la prueba de página final, contribuyó a que tales erratas fueran posibles. Como el editor de este libro destinado al gran público ha tenido la coquetería de no poner fe de erratas, dejamos salvados aquí, para los entendidos, estos dos deslices de caja de los que no deseamos responsabilizarnos.

Por último, no queremos cerrar este trabajo sin expresar todo nuestro agradecimiento al geólogo amigo, don Augusto Tapia, que ha tenido la gentileza de cedernos el material recogido en su visita al yacimiento arqueológico de Las Lomitas. La pulcritud de su recolección, su desinteresada cesión a un arqueólogo junto con todos los datos pertinentes, son actitudes que obligan a nuestro reconocimiento. Si disentimos parcialmente con él, por los motivos explicados, y lo expresamos con la firmeza y la recta intención que debe presidir a todo intento de esclarecimiento de una cuestión científica, no rebajamos por ello, ni en un ápice, el valor que atribuimos a dichos materiales como testimonios realmente únicos de lo que fué la arqueología chaqueña. Lo detenido de nuestro examen y la longitud que, por ende, ha adquirido este trabajo, son pruebas del mérito que atribuimos a su hallazgo y de su alto interés arqueológico. Que ese estudioso quiera, pues, encontrar aquí la expresión muy sincera de nuestro agradecimiento¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión del día 24 de julio de 1936. Cartografía de M. T. Grondona. Dibujos de los profesores Augusto Tapia y Fernando Márquez Miranda. Fotografías del autor.

de uñas, no producidas siempre con un propósito ornamental deliberado, y a las que habría que atribuir a huellas del uso de las manos en el trabajo de modelamiento de la pieza. Otra cosa muy distinta serían; por cierto, los procedimientos decorativos por “*intaglio*” —como les llama también Outes¹. Dichos chiriguano, los chané y los matacos poseen este tipo de decoración para la alfarería². Entre los chané, se mezclan trozos pulverizados de cerámica antigua a la pasta que se amasa para hacer la nueva. Ellos ornamentan la alfarería grosera y de cocina con impresiones de dedos o de cordeles, y sólo pintan la más fina. Nordenskiöld vincula la ornamentación con marcas de dedos a los hallazgos descritos por Outes respecto de la cerámica de San Blas, por Torres en el litoral de Entre Ríos, y por Ameghino en la provincia de Buenos Aires.

Desde luego, basta el hallazgo de este tipo de decoración en los chiriguano y chanés para advertir que se trata de un elemento de procedencia amazónica, infiltrado en el Chaco con aquéllos. Quizá por ello Nordenskiöld encuentre que la cerámica chaqueña más típica no sea la de ninguno de esos grupos étnicos, sino la de los ashluhlai³, que —como los choro-tis— no emplean nunca la decoración con marcas unguiculares.

En cuanto a los mataco, quizá resulte esta oportunidad propicia para salvar una errata tipográfica producida en una obra nuestra ya citada en esta comunicación, en donde al pie de unas ilustraciones de ciertos vasos chaqueños se nos hace decir, respecto de uno de ellos, ser “De los matacos viejos”⁴, cuando debió de haberse dicho “De los matacos vejos” (o vejos, si se prefiere). Naturalmente, el tipógrafo eligió la palabra “viejos”, del léxico común, en vez de la denominación etnográfica que le era totalmente desconocida, y el error continuó, por idéntica razón, hasta la impresión final de la obra, pues no hay peores ni más insalvables erratas que aquellas que tienen un sentido... Por ello es que, en la misma obra, pese a todos los cuidados del editor y del autor, se deslizó, al pie de otra figura⁵ un “Yuca Cueva” por “Inca Cueva”, que era la buena lec-

(1) OUTES, *La cerámica chiriguana*, cit., 129.

(2) NORDENSKIÖLD, *Analyse Ethno-géographique de la Culture matérielle*, etc., cit., 221.

(3) NORDENSKIÖLD, *La vie des indiens dans le Chaco*, cit., 106.

(4) MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, cit., 342.

(5) MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, cit., 213.

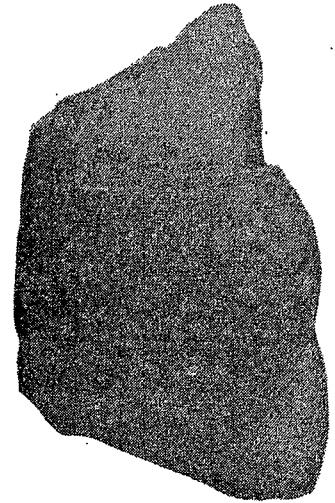
ción... El hecho de ser ambas leyendas epígrafes, que sólo se insertan en la prueba de página final, contribuyó a que tales erratas fueran posibles. Como el editor de este libro destinado al gran público ha tenido la coquetería de no poner fe de erratas, dejamos salvados aquí, para los entendidos, estos dos deslices de caja de los que no deseamos responsabilizarnos.

Por último, no queremos cerrar este trabajo sin expresar todo nuestro agradecimiento al geólogo amigo, don Augusto Tapia, que ha tenido la gentileza de cedernos el material recogido en su visita al yacimiento arqueológico de Las Lomitas. La pulcritud de su recolección, su desinteresada cesión a un arqueólogo junto con todos los datos pertinentes, son actitudes que obligan a nuestro reconocimiento. Si disentimos parcialmente con él, por los motivos explicados, y lo expresamos con la firmeza y la recta intención que debe presidir a todo intento de esclarecimiento de una cuestión científica, no rebajamos por ello, ni en un ápice, el valor que atribuimos a dichos materiales como testimonios realmente únicos de lo que fué la arqueología chaqueña. Lo detenido de nuestro examen y la longitud que, por ende, ha adquirido este trabajo, son pruebas del mérito que atribuimos a su hallazgo y de su alto interés arqueológico. Que ese estudioso quiera, pues, encontrar aquí la expresión muy sincera de nuestro agradecimiento¹.

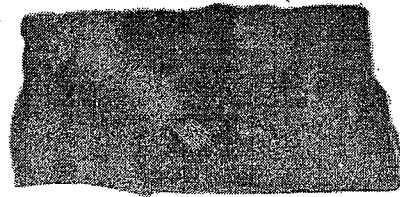
(1) Comunicación presentada en la sesión del día 24 de julio de 1936. Cartografía de M. T. Grondona. Dibujos de los profesores Augusto Tapia y Fernando Márquez Miranda. Fotografías del autor.



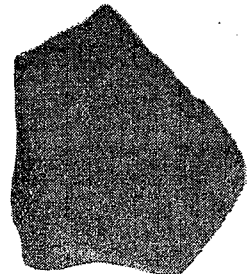
a



b



c

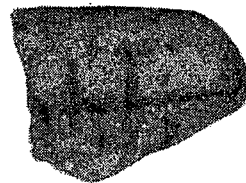


d

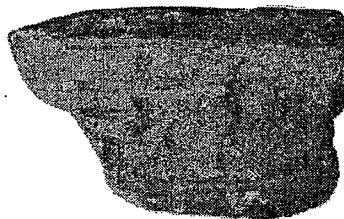
Fragmentos de la tosca cerámica de Las Lomitas (Formosa): *a*) borde; *b*) y *d*) fragmentos muy rodados; *c*) alfarería sin decorados. (Tamaño ligeramente superior al natural).



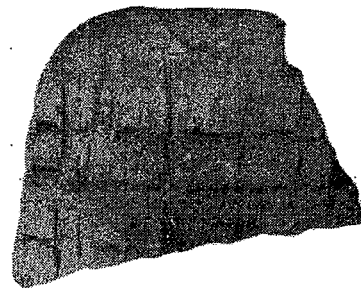
a



b

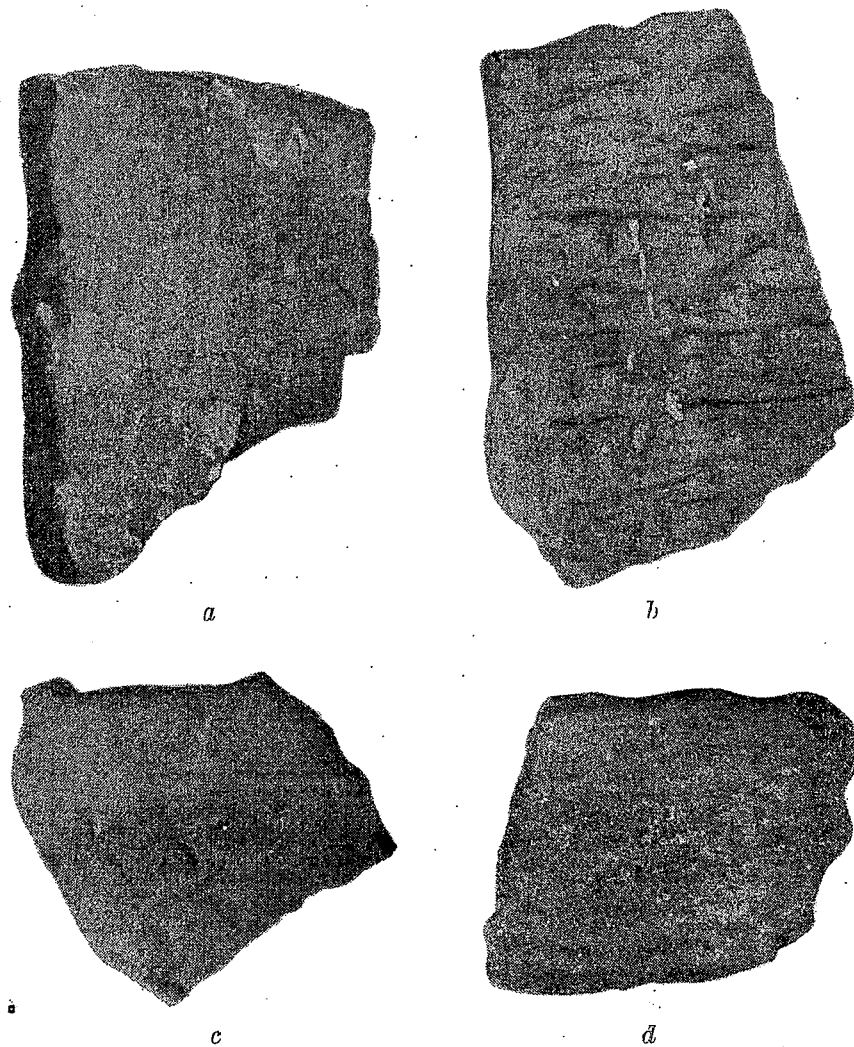


c

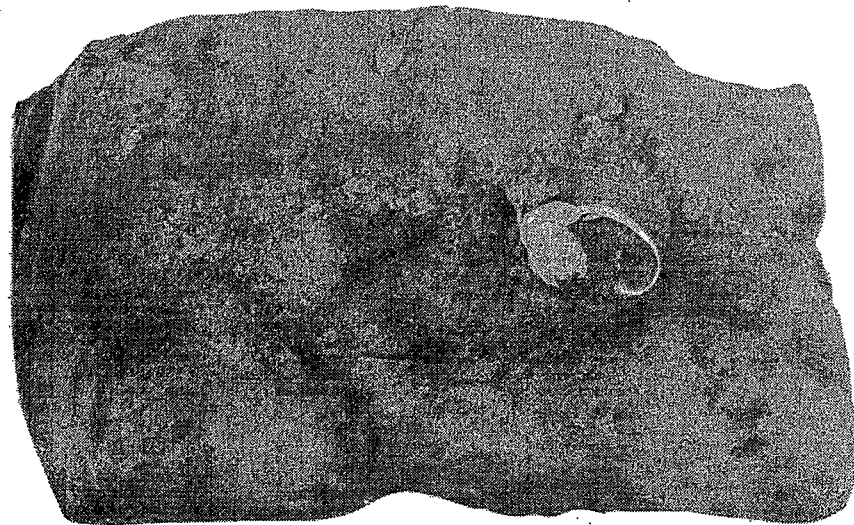


d

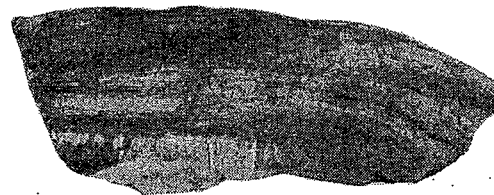
Fragmentos de alfarería con decoración, procedentes del mismo yacimiento.
(Tamaño ligeramente superior al natural).



Otros fragmentos decorados de Las Lomitas: *a* y *b* muestran incrustaciones de carbonato de calcio. (Tamaño ligeramente superior al natural).



a



b

- a) Arena limonosa y arcillosa con *Bulimulus* incrustado.
b) Trozo de valva de *Anodontides*.